

# AMADOR MURILLO

Manuel LÓPEZ PEREZ.

*Manuel 26  
de diciembre 1972  
De G. Moreno*

Suele llegar a nuestro retiro uno que otro periódico moreliano. En uno de ellos hemos visto información relativa a las **conferencias** que sobre literatos michoacanos dictaron otros que cultivan también las bellas letras. Entre las personas que deben haberse presentado a los oyentes, seguramente que no faltó Amador Murillo, aunque es probable que su evocación haya sido parca, por las urgencias de enumeración de los **conferencistas**. Para nosotros, la ocasión que estamos recordando, fue una sugerencia y nos propusimos dedicar al desaparecido amigo un modesto homenaje.

Amador Murillo —Murillín le decíamos en el grupo de Luis Mora Tovar— era un muchacho de 25 años aproximadamente cuando lo conocimos (1929). Su estatura no era reducida, pero tampoco era alto. Esbelto, magro. Su rostro era rico en ángulos agudos y en él brillaban ojos señadores que avivaban los relámpagos del entusiasmo y agredían la sombra de sus pestañas largas y de sus cejas, poblada y obscuras. Vestía con varonil cuidado. Lo acompañaban siempre un prefacio pequeño o una carpeta que entre otras cosas protegía amorosamente al último libro adquirido en Gassío. Era notable en Amador usar los trajes con chaleco —notable por su edad, pues los chalecos eran preferidos por los hombres maduros que necesitaban los bolsillos para el reloj, ya que las puñeras empezaban a usarse— y una perla negra montada en una garra de águila, que destacaba prendida sobre la corbata. Fue de los primeros jóvenes que sintieron estorboso el sombrero, y aunque era su gusto usarlo, a veces abandonaba la prenda para evitarse la molestia de emprender frecuentes búsquedas con ocasión de los olvidos no menos constantes que le ocurrían en las oficinas que visitaba.

La familia de Amádor era originaria de Cuitzeo, pero estaba arraigada en Morelia desde mucho tiempo. Recuerdo que estuve en su casa ubicada por el rumbo de Jauja. Después se cambió, si no me equivoco, a Corregidora, y al casarse se instaló ya como jefe hogareño, más o menos frente a La Merced.

—Esta casa —me dijo un día al visitarlo— me la regaló D. Gerardo Mayer. Fíjate qué regalo. ¡Tres mil pesos pagó por ella!

Qué diría Amador respecto al precio actual de las casas. Aunque quizás su contacto con los negocios le proporcionara una visión natural del asunto.

No sé qué estudios habría hecho Murillín, pero escribía con una letra magnífica, con ortografía impecable y con redacción discreta. Esto en lo ordinario. Pero era amante de la literatura, no sólo como lector ininfatigable,

*(Sigue en la Pág. TRES)*

26 dec. 1972

## Amador Murillo...

como catador de libros, sino como autor de artículos para los que prefería temas históricos o de crítica. Su biblioteca, en aquellos días, era lo mejor, seguramente, de Morelia, exceptuando, aquellas de que eran dueños los viejos potentados, y ello, en cuanto a obras en ediciones antiguas, porque tratándose de lo recién lanzado a la circulación, Amador lo tenía todo.

Como esta nota se escribe por cariño, el lector perdonará que no hayamos esquematizado una semblanza. Simplemente estamos expresando los recuerdos que van apareciendo ante el deseo de pasarlos a la página que se va escribiendo. Es así como se nos revive la presencia de Murillo: Cordial, respetuoso, maduro en sus juicios, informado dialéctico. Escribió en *El Estado*, periódico de Mora Tovar quién lo estimaba mucho.

—Este muchacho —solía decir— es un gran amigo. Su cultura es extraordinaria y Manuel (nosotros) acierta al llamarlo “Menéndezpelayito”, ya que su erudición es manifiesta.

En efecto, recuerdo que el Chino Sansón le preguntó una vez qué era Borinque (a propósito de que se cantaba *Lamento Borincano*). También dio ilustración a una hermosa dama que se interesaba por la palabra *SIBONEY*. Esto en lo trivial, en los temas de fuerza. Amador poseía una información completa y sólida. Su verdadera vida la hacía en círculos en que no estábamos nosotros y en esos medios abundaban las personas de rico caudal en materia de conocimiento.

Nosotros éramos bohemios. Amador pertenecía a una clase social acomodada. Su trabajo en *La Palma*, de don Gerardo Mayer, le daba buenos ingresos. Jefe del Departamento de Cobros, tenía gastos autorizados que él sabía manejar para obtener éxito en sus labores, pues es de saberse que *La Palma* operaba en implementos y diversos materiales con el gobierno del Estado, gobierno o gobiernos que a nueve años de haberse consolidado el movimiento revolucionario, con la llegada de Alvaro Obregón al poder, no tenía una hacienda organizada ni p'anificadas sus bases de recaudación. Por lo mismo, sus pagos eran inciertos en cuanto a las fechas de vencimientos y estipulaciones semejantes.

Los cafés de Carlos Chen Pon y de José Moy congregaban a los emborronadores de cuartillas —al menos yo no he conseguido otra cosa, aunque esté orgulloso de esa afición— y Amador se agregaba a los cenáculos laicos. Compartía su saber con nosotros, sus producciones iban a las páginas de nuestros papasales. Siempre reía celebrando cualquier cosa y su entusiasmo se objetivaba con las frotaciones rápidas de sus manos, como si un molinillo invisible, entre ellas, estuviera batiendo chocolate. Escuchaba, aplaudía, estimulaba con su elogio.

Pero además, Amador fue un Mecenas. Fue cultivando un grupo de gentes que no tenían cabida, por varias razones —fundamentalmente las de la edad y las de actividad más o menos libre (desocupación) que caracterizaba al núcleo de Mora Tovar— en el aula de La Santa Bohemia en que nos encontrábamos Sansón Flores, Mora, Barriga Zavala, Augusto Vallejo, Isabel Farfán Cano y a gunos dos o tres menos asiduos a las reuniones en el Departamento de Estadística, donde el cuate Luis descargaba en el señor Haro el peso de la chamba; donde Ma. Luisa Silva reinaaba como la morena de más alzada entre las burócratas de Palacio; donde Toñita, lucía sus ingenuidades; donde Carmen Rábago nos hablaba de Teresa su hermana; donde Luis Gaona hacía ribujos en vez de sumas y concentraciones; donde Carmela Olvera le daba magistralmente a su Remington Rand; donde Samuel Magaña (el Chino le decía Samuel Puñales aludiendo a los vueltos que se le olvidaba entregar) predicaba la bohemia desapareciendo bultos de papel que vendía para “las amanezcas” (suyas), etc. Murillo toleró a esas gentes al principio del párrafo a udidas y su pròpiero y generoso bolsillo pagó los cafés SOLOS, los tés con limón, los POLLITOS de a peso (cuarto de pello, papas, cebolla, jitomates y salsa Buffalo roja), los huevos con jamón, las enchiadas suizas, y en fin todo lo que podía interesar a aquella adolescente y familiar palomilla. En la Revista CRISTALES quedaron, al salir nosotros de Michoacán, instalados los miembros del grupo muralista. Allí el cantor de Jazmina, el poeta de los temas civiles, el escupitoso Cárdenas de Artigat (con quién sabe qué títulos de nobleza). Numeroso círculo que Murillo estimuló.

Nuestros últimos encuentros con Amador fueron en México. Varias veces comimos juntos. Lo visitamos y condujimos al Sanatorio alguna vez que enfermó. Hicimos bohemia con D. Carlos González Herrejón (que era entonces Oficial Mayor del Departamento Central del Distrito). Tardíamente supimos que había muerto. La obra de Murillo quedó en revistas y periódicos difíciles de conseguir, —si no imposible— por esa pobreza que no ha permitido al Gobierno sostener una Hemeroteca, una fuente de Historia.